

CRISTIANISMO Y SOCIEDAD PLURAL

RINO FISICHELLA

Rector de la Pontificia Universidad Lateranense

Una mirada al contexto cultural

“Se necesita una serena confrontación crítica con la actual situación cultural de Europa, evaluando las tendencias emergentes, los hechos y las situaciones de mayor importancia de nuestro tiempo a la luz de la centralidad de Cristo y de la antropología cristiana”¹. La expresión *Ecclesia in Europa* constituye el *incipit* de un breve capítulo en el cual se dedica una atención particular a la evangelización de la “vida social”. El texto puede ser tomado como el escenario significativo sobre el cual situar algunas reflexiones que merecen nuestra atención por todo lo que se está verificando en la actual situación histórica y para encontrar cómo se debería expresar el empeño de los cristianos en la vida social, política y cultural de este momento.

A nadie se le escapa el hecho de que estamos viviendo un momento relevante de cambio cultural. Como todos los movimientos que hacen referencia a las distintas expresiones de la cultura y de los comportamientos de las personas, también el nuestro tendrá una duración relativamente larga. Si se piensa que ya en 1950 un autor de importancia como Romano Guardini podía escribir: “Se trata de reconocer que el tiempo moderno se dirige hacia su fin y que aquello que se anuncia en la época que viene no tiene aún un nombre en la historia”². No se ha querido escuchar inmediatamente la voz profética del profesor de la *christliche Weltanschauung*, prefiriendo dejar caer en el vacío su grito de alarma. Sin embargo,

1. JUAN PABLO II, Exortación Apostólica *Ecclesia in Europa*, n. 58.

2. GUARDINI, R., *La fine dell'epoca moderna*, Brescia 1993, p. 54.

la mirada profunda de Guardini había dado en la diana: la época moderna se había terminado y una nueva llamaba a las puertas. Ciertamente, nos encontramos aún hoy en la incertidumbre de poder definir con rigor y coherencia los términos de la cuestión. Aquello que se pone delante de nuestros ojos, sin embargo, es la concreta situación de crisis, de transformación de fenómenos culturales y, junto con ellos, un rápido cambio de generaciones. No nos equivocamos si se afirma que a cincuenta años de distancia de aquellas palabras, la percepción del cambio está aún vigente. Que una época se está cerrando es un hecho incontrovertible: esto permite suponer que una nueva era se está abriendo. Llamamos modernidad a aquello que dejamos a nuestras espaldas, mientras que postmodernidad sería aquello que se perfila ante nosotros. Sin embargo, olvidamos el momento de pasaje que constituye para nosotros la parte más sustancial. Ésta, de hecho, trae consigo por un lado la incertidumbre típica del cambio así como también el riesgo de lo nuevo que debe ser preparado. A nosotros nos es dado vivir este momento histórico que, en ciertos aspectos, es de los más significativos. Somos hijos de la modernidad, pero seremos considerados los padres de la postmodernidad. Aquello que se espera de nosotros es la superación de la incertidumbre y la capacidad propositiva para orientar el cambio en acción y dirigirlo hacia las formas reales de progreso y de desarrollo que corresponden, y que han de ser propedéuticas y de base para aquello que vendrá.

En esta situación, no será superfluo proponerse algunos interrogantes: ¿En qué cosas se está focalizando nuestra atención? ¿Hacia dónde están orientadas nuestras fuerzas para proyectar el futuro? ¿Qué empeño peculiar debería asumir el creyente en la sociedad? El problema para responder a estas preguntas es el hecho de que aún no sabemos identificar con precisión la orientación que podría tomar la postmodernidad. ¿Quién será el afortunado protagonista en el cual la postmodernidad podrá reconocerse?: ¿el hombre?, o ¿la naturaleza?, o ¿Dios? Estos tres elementos hoy se ubican sobre un mismo plano y están combatiendo el desafío por la supremacía. No nos podríamos explicar de otra manera las tendencias contradictorias que surgen a menudo por todos lados y que demuestran una desorientación general. Piénsese, por ejemplo, en la protesta mundial en relación con la producción global, juntamente con las problemáticas que se mueven entre las producciones OGM y el pulular del mercado biológico. En el mismo sentido, es

importante notar el fenómeno del “retorno religioso” y del cada vez más creciente “sentido de lo sagrado”, unido al fenómeno de las sectas y de las distintas formas de superstición. A pesar de la presencia de estos elementos, que a nuestro modo de ver son contradictorios e indicio de una desorientación en acción, permanece firme la pregunta: ¿cuál será la concepción del hombre?, ¿qué concepto de naturaleza tendremos en los próximos decenios?, ¿qué idea de Dios se instalará con la llegada de la postmodernidad?

¿Qué *hombre* será aquel que quiere dominar la escena del futuro: un sujeto aún en el centro de todo, casi un microcosmos en el cual todo encuentra la síntesis definitiva de su ser personal, o bien un sujeto aplastado por el peso de la técnica que le obliga a navegar ininterrumpidamente en internet sin saber adnde está yendo? ¿Será tal vez aquel que busca la verdad o se conformará con fragmentos parciales para alcanzar imponentes de lo efímero? Y ¿qué *naturaleza* se encontrará en la base de las próximas legislaciones? ¿El concepto de naturaleza inmutable y sus leyes o bien una naturaleza que se somete a la manipulación genética y es, entonces, una naturaleza en la cual todo es posible dado que puede ser justificado previamente por el juicio ético subjetivo? Baste una breve cita de Juan Pablo II para verificar la problemática subyacente: “Una vez eliminada la referencia a Dios, no sorprende que el sentido de todas las cosas se vea profundamente deformado y la naturaleza no más ‘mater’, se reduzca a ‘material’ abierto a todas la manipulaciones”³. Y si, al contrario, será Dios; en un contexto de confrontación poco clara con las religiones en el que subyace un inevitable sincretismo, ¿qué idea de Dios se presentará en el futuro inmediato?⁴. Este cuadro debe ser integrado con la consideración del tema de la verdad. La encíclica *Fides et ratio* permite ver condensados algunos aspectos peculiares de esta problemática. Aquello que hoy se percibe de manera evidente es la fragmentación de la referencia a la verdad lo cual obliga a Juan Pablo II a provocar a teólogos y filósofos para que busquen recuperar la dimensión unitaria del saber y de la ver-

3. JUAN PABLO II, Encíclica *Evangelium vitae*, n. 22

4. Un texto de una canción, cantada por niños de una escuela primaria, puede ser un signo de cómo ellos comienzan a pensar en Dios siendo guiados por algún maestro con mucha fantasía: “Hay quien reza a Dios diciendo Visnú, Budda, Krishna, Allah o Jahavé, nosotros lo llamamos María y José, pero existe un solo Señor. Padre nuestro que estás en los cielos, son tantos los nombres que tienes, mas uno sólo tú eres, uno sólo para todos nosotros”.

dad. ¿Sabrá la orientación cultural tomar en consideración la provocación de *Fides et ratio* a la cual rodea un emergente narcisismo que todo reviste y por el cual todo se soporta?

La recuperación del sentido de la responsabilidad

Este escenario, breve y esquemático, empuja a tomar en consideración el empeño que los creyentes son llamados a asumir en la actual situación de una sociedad que se caracteriza no sólo por ser siempre más pluralista por sus referencias ideológicas, sino al mismo tiempo multirracial y multicultural. Olvidar estos aspectos no ayudaría a entrar en lo específico de nuestro tema y crearía una situación de ilusión sobre nuestro presente y sobre el futuro de las jóvenes generaciones.

Para entrar en la importancia de la cuestión queríamos ejemplificar dos aspectos diferentes, pero complementarios, que permiten trazar un camino en la búsqueda de una propuesta sobre la cual poder trabajar para preparar el futuro próximo. El primer aspecto que quisiéramos proponer a vuestra atención lo definimos como la recuperación del sentido de la responsabilidad. Me imagino enseguida una primera objeción: ¿tiene sentido proponerse la pregunta sobre la responsabilidad cuando nuestros contemporáneos presumen de haberse convertido en adultos y autónomos, carentes de toda referencia con el absoluto y por ello encerrados en sí mismos? ¿Por qué motivo deberían abrirse hacia la responsabilidad hacia un semejante suyo y llevar el peso de la responsabilidad hacia Dios?

Objeción lícita: sin embargo, nunca antes como en este período adquiere sentido el principio de responsabilidad. El mismo se expande sobre distintos planos: desde aquel de la existencia personal a la civil, política, religiosa...; aquello de lo cual se debe hablar en primera instancia es sobre la responsabilidad en relación con la vida *sic et simpliciter*. La vida es el verdadero objetivo de nuestra responsabilidad porque en ella se centra la esencia de nuestro anuncio: “La vida se ha hecho visible y nosotros somos testigos” (Jn 1, 2). La responsabilidad por la vida lleva a la responsabilidad por la naturaleza, por el hombre, por el mundo... La vida se extiende a todo aquello que nuestros ojos ven, nuestros oídos oyen y nuestras manos tocan. Juan Pablo II en *Evangelium vitae* no ha hecho otra

cosa que llamar la atención a todos sobre este principio fundamental.

El problema se hace más urgente desde el momento en el que la técnica interviene para expresar su dominio también en relación con la existencia. Desde siempre el hombre ha hecho suyos algunos instrumentos para modificar la naturaleza. La técnica le ha pertenecido siempre en distintos niveles: un trozo de madera para trazar los surcos en la tierra ha sido una técnica de otros tiempos... Sin embargo nosotros sabemos que aquello que se cumple hoy pertenece a otro nivel: la técnica se ha hecho artífice de un progreso del cual no se puede prescindir hasta el punto de entrar en la vida misma del hombre, convirtiéndose ella misma progresivamente en principio de vida. Parece así que la técnica establezca su fin último justamente como dominio sobre la existencia personal. El cambio de paradigma, al final, se resuelve enteramente aquí: del respeto-temor por la vida a la dominación sobre ella. Si la presencia del *numinoso* impedía a nuestros predecesores actuar sobre la naturaleza, nuestro hombre contemporáneo imagina dominar las fuerzas, ya que pretende tener entre las manos el poder sobre la vida y la muerte. El actuar personal se ha modificado creando las bases para el cambio de la cultura misma del empeño y de la acción. Nuestro mundo contemporáneo no ha querido seguir el análisis de M. Blondel según el cual el análisis de la acción habría en todo caso revelado en nosotros la presencia de lo infinito hacia el cual tender y lo sobrenatural que acoger⁵.

El análisis metafísico imponía el reequilibrio de los poderes humanos, mas esto no podía gustar a la modernidad. Se necesitaba confiar las propias fuerzas a la técnica y, de aquí, verificar que sólo violentando a la naturaleza se podía alcanzar una civilización del hombre. ¡Qué ilusión! La naturaleza no permite una plena violación sin poner al hombre ante sus propios límites insuperables. Parece, en una palabra, que debemos ser responsables en todo

5. En este mismo sentido MOUNIER, E.: "Que la existencia es acción, y la existencia más perfecta es acción más perfecta pero aún una acción, es una de las intuiciones centrales del pensamiento contemporáneo. Si algunos rechazan introducir la acción en el pensamiento y en la más elevada vida espiritual, no es sino porque forman una noción implícitamente restringida de aquélla, reduciéndola a impulso vital, utilidad o devenir. Hay que entenderla, en cambio, en su sentido más pleno. Por parte del hombre, la acción designa la experiencia integral; por parte del ser, su fecundidad íntima", "Le Personalisme", en *Oeuvres*, vol III, Paris 1962, p. 498.

aquello sobre lo que se ejerce poder; en cambio, no puede ser así. La responsabilidad no se conjuga en primera instancia con el poder, sino con el servicio. Ciertamente, podré también presumir de ser tan responsable como para cuidar en los mínimos particulares la seguridad de mi casa, pero si no me hago responsable, al mismo tiempo, de todo el edificio y no cuido a quien vive en el apartamento de al lado ¿quién podría sentirse libre de dejar la llave del gas abierta ... qué cosa podré hacer de mi pequeña responsabilidad que se reduce a las cuatro paredes en donde vivo? La responsabilidad, por lo tanto, se conjuga con la globalidad de la existencia personal que implica la dimensión social e interpersonal o no es percible como auténtica responsabilidad.

Una responsabilidad para la vida *sic et simpliciter*, por lo tanto; mas esto debe poder decir alguna cosa más: con ello no se está sólo en la posibilidad de poder salvar la vida del hombre, sino la misma concepción de la vida y de su futuro. Nunca como en este caso, nos damos cuenta de que no es posible renunciar a la instancia metafísica en nuestra reflexión. Sólo con el pasaje a la metafísica, de hecho, se descubre la apertura constante y perenne que marca la existencia y la grandeza de la vida personal y sólo apuntando sobre el ser se percibe el sentido universal del valor que nunca puede ser encerrado en las redes del subjetivismo.

Habría que convertirse en responsables, finalmente, para proteger la componente de misterio que envuelve la vida. La persona, para usar una impresión de E. Mounier, quedará siempre con aquella nota de “no inventariable” que escapará siempre a todo tipo de clasificación⁶. Sólo en la medida en la que se será responsable de mantener el misterio de la persona se estará en grado de conservar integralmente su libertad y se comprenderá por qué es libre de decidirse por Dios, eligiendo confiar sólo a él su existencia completa. Mas esto, justamente, pertenece al misterio ante el cual todos debemos permanecer en aquel estado de respeto, que garantiza su inviolabilidad.

6. Cfr. ibídem, p. 486; cfr. así mismo MALUSA, L., “Libertà e responsabilità nel personalismo di E. Mounier”, en AAVV., *Libertà e responsabilità*, Padova 1967, pp. 99-115.

El empeño en la construcción de la polis

El segundo aspecto que merece ser considerado es la recuperación de una reflexión que lleve a su justo horizonte la política y su relación con la fe. El empeño de los creyentes en la vida política es una vocación. Exige pasión, dedicación, paciencia y mirada a largo plazo acompañadas de inteligencia y desinterés. Sin la dimensión vocacional, todo se transformaría fácilmente en trabajo y no permitiría hacer aparecer la riqueza que posee. El Concilio Vaticano II ha expresado, sobre este tema, una de sus páginas más comprometidas. No se puede olvidar en esta situación lo que escribía *Gaudium et spes*: “La índole social del hombre demuestra que el desarrollo de la persona humana y el crecimiento de la propia sociedad están mutuamente condicionados. Porque el principio, el sujeto y el fin de todas las instituciones sociales es y debe ser la persona humana, la cual, por su misma naturaleza, tiene absoluta necesidad de la vida social. La vida social no es, pues, para el hombre sobrecarga accidental. Por ello, a través del trato con los demás, de la reciprocidad de servicios, del diálogo con los hermanos, la vida social engrandece al hombre en todas sus cualidades y le capacita para responder a su vocación” (GS 25).

Prescindir, por lo tanto, de la dimensión vocacional significa correr el riesgo de relegar la vida política a la esfera del frenesí del poder y de la sed de ganancia. Quien se dedica a la transformación de la sociedad, en cambio, es necesario que vea en esa tarea una forma peculiar de actividad por medio de la cual se haga emerger la responsabilidad hacia el bien de todos y preparar concretamente el futuro de enteras generaciones. En último análisis, es la atención a la persona y el deseo por el bien común lo que conduce a entrar en este camino, a menudo ingrato, pero necesario para el desarrollo, el crecimiento y el progreso de la sociedad. Es, en síntesis, un bien que va más allá de las propias perspectivas, porque obliga a agrandar la mirada hacia un horizonte que pueda abrazar a todos.

El bien común pertenece desde siempre a la enseñanza social de la Iglesia como su contenido central. El concilio lo ha expresado con fuerza cuando ha escrito: “La comunidad política existe en función de aquel bien común en el cual encuentra significado y plena justificación y del cual hace derivar su orden jurídico, originario y propio” (GS 74). Aquello que merece ser observado al respecto es lo que se encuentra en la *Nota* de la Congregación para

la Doctrina de la Fe del 24 de noviembre de 2002. Esta nota orienta a saber captar el rostro concreto de las cuestiones que hoy interesan directamente a nuestras sociedades, para dar una respuesta coherente y duradera a lo que esperan los ciudadanos. Si el bien común fuese dejado en la generalidad de lo concreto, el riesgo de una política vaga sería real y la crítica, a menudo hecha a los políticos, de actuar sólo por algunos intereses privados no sería carente de sentido. La *Nota*, en cambio, tiene el valor de hacer explícito el bien común y, de este modo, permite reflexionar concretamente sobre el empeño que los creyentes están llamados a asumir. Una situación que no es simple. En el momento en el cual, de hecho, se determinan los criterios para la acción de los políticos⁷, se deriva de ello inevitablemente su credibilidad.

Uno de los deberes peculiares del Magisterio es el de proponer la verdad de la fe para que sea capaz de iluminar, educar, y sostener la conciencia de cada creyente como garantía de su pertenencia a la comunidad eclesial. La conciencia de cada uno permanece siempre y de todos modos como el último e inalienable criterio de juicio que nada ni nadie podrán nunca vencer. Sólo ante Dios, la conciencia se encuentra en la dramática situación de tener que elegir. Como toda elección, también aquella del político implica el deber de dejar algo que se considera válido y positivo. Situación no fácil, y por esto dramática, porque de la elección, que se toma se deriva una orientación que determinará no sólo la vida personal, sino aquella de interés generacional. Por este motivo, el Magisterio busca sostener el empeño de todos aquellos que dedican su vida al servicio de la sociedad mediante el empeño cultural y político. Mostrando la verdad de la coherencia entre los contenidos de la fe y las particulares condiciones históricas en las que se vive, cada uno se sitúa en las condiciones de tener una mayor certeza sobre el propio comportamiento y una solidaridad más fuerte con las elecciones que está llamado a tomar.

Un empeño peculiar, sobre el cual entiendo que deberíamos reflexionar no poco, es evitar al máximo la diáspora cultural de los católicos. El asunto se hace más evidente si se observa lo que está sucediendo concretamente en la vida política. Las situaciones his-

7. Cfr. Congregación de la Doctrina de la Fe, *Nota doctrinal acerca de algunas cuestiones que respectan al empeño y al comportamiento de los católicos en la vida política*, n. 4.

tóricas de distintos países permiten verificar que, según los distintos sistemas de representación democrática, la participación de los parlamentarios católicos se expresa en militancias políticas distintas. El mismo problema se hace evidente también en el Consejo Europeo en el cual distintos católicos militan en distintos partidos, que no son agrupables bajo la misma denominación. Esta pluralidad de pertenencia no puede significar pluralidad de soluciones políticas. La pluralidad y las estrategias son un hecho contingente; el pluralismo es una cuestión que alcanza a los principios. Sobre los valores esenciales de la fe ningún parlamentario católico puede pensar en actuar con el rígido esquema de una pertenencia política, como si ésta fuera superior a una pertenencia eclesial. En temas que son esenciales para la fe y la realización del bien común, el empeño de los creyentes debe ser el de buscar el máximo consenso, sabiendo que tales cuestiones parten de principios que, antes de ser expresados en la fe, están inscritos en la naturaleza que, como tal, no tiene una particular calificación confesional. Una ley hecha sobre la base de un relativismo ético, tendría fundamentos tan frágiles que no podría pretender ser asumida como norma del actuar universal de los ciudadanos.

En este sentido, se exige a los católicos la capacidad de recuperar aquella forma de racionalidad política, para hacer emerger los fundamentos de su acción y la credibilidad de las elecciones que toman y para las cuales piden que sean compartidas independientemente de la propia fe y más allá de esquemas ideológicos⁸. Ninguna política puede presentarse de manera omnicomprendensiva de la existencia personal; la capacidad de saber reconocer el momento histórico y, en éste, la fuerza para dar la orientación que prevé un futuro más sensato, deben impulsar al político en cuanto empeño personal. Él, en este caso, podría poner ante sí la utopía de Tomás Moro, como la forma más elevada que expresa su actuar político fundado en la justicia, donde es posible el encuentro entre la instancia de la verdad y la contingencia histórica.

Un ulterior elemento que merece ser considerado es el hecho por el cual un político es siempre un hombre público⁹. Esta connotación le llega, sobre todo, del hecho de ser creyente y, como tal, un sujeto eclesial. Ciertamente, la fe es siempre un acto personal,

8. Cfr. *ibídem*, n. 3.

9. Cfr. *ibídem*, n. 2.

mas justamente por ello es inserción en una fe eclesial que permite vivir la existencia en la comunidad. El cristiano, sea quien sea, es siempre un sujeto eclesial; esto implica la imposibilidad de una esquizofrenia que lo relegue a ser un político durante la semana y un cristiano el domingo. Es necesario salir de la trampa de quien quiere circunscribir la fe sólo al ámbito privado. En este contexto deberíamos recuperar la importancia de hacer percibir la responsabilidad pública que el empeño político implica. No existe lo público y lo privado en la fe. Creer es desde siempre un acto público y sólo una hipócrita visión puritana, que no nos es propia, puede encerrarnos en tal círculo vicioso. La pertenencia del hombre político a la Iglesia es una libre elección de vida, pero exige su coherencia. La autonomía de las dos esferas no es alterada cuando como creyente él se empeña en la realización de las leyes que dependen de la instancia ética a la cual pertenece. Sólo esta doble presencia es para cada ciudadano garantía de auténtica libertad. No es necesario, desde esta perspectiva, tener que recordar que los principios de autonomía y laicidad son una preciosa herencia que la fe cristiana tiene en el progreso de la historia y es intención de todos el mantenerla y defenderla.

Cuando el político se comporta coherentemente, en conformidad con los principios de la fe, no puede ser acusado de actuar confesionalmente. La laicidad del Estado es presupuesto fundamental para que el político creyente pueda expresarse en conformidad con su conciencia. El empeño laico de los políticos católicos, por otro lado, encuentra fundamento propio en la posibilidad de estar presente en la sede legislativa como representante del pueblo con una propia conciencia creyente. Elevar la laicidad a ideología, para marginar la acción de los católicos, es la peor forma de servicio que un político pueda dar; se pondría él solo fuera de juego, porque la suya sería intolerancia laica la cual, como la religiosa, está llena de violencia. Si no existe una autoridad moral capaz de ir más allá de la esfera del Estado, entonces sí, la libertad se vería realmente destruida ya que de hecho un poder político se convertiría en fundamento de la instancia ética. En este caso, el caer en una instrumentalización del poder a favor propio no sería sólo un riesgo y la puerta al totalitarismo quedaría abierta. La autonomía y la laicidad de las cuales el político se hace garante es sostenida por una concepción de la libertad, a la cual toda ley debe orientarse, que está radicada en lo íntimo de cada hombre y que nadie le

puede quitar sin ofender la dignidad de la persona y de la misma ley.

Una última observación nos parece necesaria al respecto. Ésta toca las diversas problemáticas éticas que de vez en vez son puestas en evidencia y que aun con más frecuencia son propuestas por el Consejo de Europa. Si este hecho, por un lado, obliga a verificar y delinear las competencias de una estructura supranacional que respete las diferencias locales, por otro, exige saber mirar y actuar en profundidad para no destruir el sentido mismo de la vida. Las problemáticas éticas, sobre todo en esta situación histórica, se encuentran bajo reflectores e interrogan las conciencias de los ciudadanos como nunca antes había ocurrido. Las provocaciones que llegan son a menudo del todo nuevas, y por ello, crean mucha desorientación y confusión. La sacralidad de la vida no será nunca subrayada con fuerza y convicción suficientes en los distintos ámbitos del vivir civil, social y religioso. Los católicos que operan en política tienen la responsabilidad de ser los primeros garantes de su dignidad. Es una tarea que les pide el hacerse intérpretes convencidos, promulgando leyes que sostengan el carácter de misterio e intangibilidad de la vida humana en todas sus manifestaciones.

Aquello que se nos pide en esta situación histórica, por lo tanto, es la capacidad de crear un consenso entre todos los hombres y las mujeres a los que, independientemente de sus elecciones políticas y culturales, les importa la suerte y el futuro del mundo. Esto necesita de una cooperación generosa que sepa hacer de la solidaridad uno de sus criterios fundamentales, sin olvidar que la tarea peculiar de los creyentes es el obrar en la sociedad y en el mundo para que pueda hacerse siempre más evidente el espacio de la salvación que Cristo ha realizado y que aún en nuestros días ofrece a cuantos tienen la fuerza de buscar la verdad y creer en ella.